



ARCHIVO FILOSÓFICO ARGENTINO

CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS EUGENIO PUCCIARELLI

ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS DE BUENOS AIRES



PERFIL DE LA FILOSOFÍA EN LA ARGENTINA DEL SIGLO XX¹

Blanca H. Parfait

Una rápida ojeada a los sucesos mundiales de hace 80 años nos adentra en el caos aterrador que se vivía, en esos años, en lejanos países de donde provenían muchos de los habitantes de estos suelos que mantenían estrechos lazos con lo que

¹ Homenaje del Centro de Estudios Filosóficos a la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires en sus 80 años.

sucedía en esas regiones. Presagiando la Guerra Civil Española con las avanzadas de Franco, se abren, en 1935 otros frentes guerreros como la invasión de Mussolini en Abisinia con la ambición de crear el Nuevo Imperio Romano, la creación de la Luftwaffe por Göring en la Alemania hitleriana, y, más cerca nuestro, la guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay, sucesos que muestran el ánimo combativo que predominó en el siglo XX, al que podríamos llamar un siglo sangriento. Ésas eran las noticias que predominaban entonces y por las que se tomaba partido. Debemos tener presente que en el año 1933 la proporción de extranjeros en nuestro país era de más del 30% y en algunas provincias, como Santa Fe, que contaba con 230.00 habitantes los italianos que la habitaban eran 110.000.

Por eso, en ese entonces, los sucesos lejanos nos eran, al mismo tiempo, cercanos y familiares, casi como si sucedieran en nuestro derredor. Más aún, no solamente el país se conmovía ante esas noticias, sino que tomaba algunos hechos, remotos en la distancia, como muy próximos por el afecto y la simpatía que despertaban ciertas personas, y así pudo sentir hondamente las muertes de dos hombres: uno, el muy nuestro Carlos Gardel y otro al que inmediatamente reconoció como propio, Lawrence de Arabia.

Pero el patrimonio de la violencia, marca indeleble de ese siglo, hundió sus garras en nuestro suelo, y, tal vez contagiado de lo que sucedía en otros lares, ocurrían también junto a nosotros hechos terribles, como el asesinato en el Senado de la Nación de Enzo Bordabehere, muerte interpuesta por la mano del destino ya que, como sabemos, la bala iba dirigida al solitario de Pinas, Lisandro de la Torre.

Para atenuar ese clima abrumador y, como dato de la actualidad propia de la ciudad, en los diarios se anunciaban, en el mes de octubre de 1935, también hechos cotidianos, como la inauguración, en Buenos Aires, de un restaurant llamado La Cabaña o el de un dato que pasaría inadvertido entonces pero que se recordará tiempo después, cuando se señale ese año como el del nacimiento de un niño que iba a ser llamado por la música y que se convertiría en figura relevante en el mundo de la ópera: Luciano Pavarotti.

Pero los primeros decenios del nuevo siglo iban a marcar, asimismo, la presencia de hombres, inquietos y preocupados, que pensaban a nuestro país desde

otra faz, más honda y perdurable, y que, influidos por las corrientes culturales que llegaban a estas tierras, querían darle a ésta un sesgo peculiar y se propusieron hacerlo, tanto desde lo particular, como desde el Estado.

Debemos recordar que, en ese momento existían en el país y abarcando las zonas más pobladas, diversas universidades nacionales, que estaban ubicadas en Buenos Aires, Córdoba, La Plata y Tucumán, y que, junto con la Universidad Nacional del Litoral, que abarcaba las ciudades de Rosario, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, conformaban la panoplia académica creada por el Estado. No debemos olvidar el Instituto Nacional del Profesorado Secundario que dependía del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública de la Nación.

Esos eran los aportes a la cultura desde el plano estatal, el que se proponía crear instituciones con el objetivo de formar a los hombres del país y sembrar las simientes de lo que, pensaban, constituiría el necesario estamento de conducción futura de nuestra tierra.

No en todas esas universidades existían, al comienzo, las carreras de humanidades, lo que indicaba la poca inserción social que ellas representaban. Si bien el público culto discutía las ideas que se iban afincando en el país, podemos decir que, desde el punto de vista de la filosofía, es bien cierto que ella no había tenido un arraigo en nuestra tradición cultural y no presentaba un acervo propio. Es cierto, además, que los filósofos originales son escasos y no todos los países los tienen, más bien ellos son solamente patrimonio de unos pocos, porque son, como lo fue Platón en su momento para Grecia, un regalo de los dioses. Así, la filosofía de estos lares tuvo que nutrirse de las ideas europeas y, desde sus inicios lo hizo, pero no de primera mano sino, más bien, de las traducciones francesas de los filósofos, lo cual significaba leer a los filósofos iluministas o a Rousseau o a Hegel a través de Cousin o de Renán o de otros pensadores. En el campo universitario, los profesores que ejercían en las instituciones de educación superior eran, en su mayoría, estudiosos de la filosofía o egresados de otras disciplinas, médicos, abogados o militares, que contribuyeron a difundir las ideas filosóficas cultivadas en Occidente, pero que no poseían, salvo casos excepcionales, una formación académica correspondiente a la disciplina en cuestión y por eso es que, en algunos casos, esos vacíos eran suplidos por personalidades de la

cultura que provenían de otros países y que se asentaron en el nuestro, en el que encontraron refugio al huir de las catástrofes propias del siglo.

Dejando de lado las influencias de las traducciones a la lengua castellana del pensamiento europeo o la influencia de lo hispano en los comienzos coloniales y buscando las ideas que marcarían al país en el siglo XX nos encontramos con la raíz cultural de un país que busca su destino abriéndose no solamente a todas las novedades que llegaban desde otras tierras, lo que daría al país un sesgo ecléctico, sino que va en busca de su propio matiz. Éste se reflejaba en las personas de distintos orígenes que, preocupadas por los niveles culturales del país, propiciaban la creación de numerosos centros, de diversos intereses y culturas, que empezaron a sembrarse en nuestras tierras. Dichos centros auspiciaban el arribo de personalidades extranjeras en las distintas disciplinas. Así la primera visita de José Ortega y Gasset fue en el año 1916, y 1918 marcó la llegada de Eugenio D'Ors, quien funda, junto con Alberini y Korn, el Colegio Novecentista, que iba a representar las ideas modernas que ambicionaban los hombres “de la nueva época, los del novecientos”, en el intento de oponerse a las corrientes positivistas que habían sido introducidas por José Ingenieros. Con esa creación se proponen difundir las ideas con el acento puesto en los valores que consideraban necesarios para la formación de la república, lo que significaba acentuar las nociones éticas. Se funda, asimismo, la Sociedad Kantiana de Buenos Aires, por obra de Francisco Romero, quien continúa las ideas del Colegio Novecentista, sociedad que, en 1930, se convierte en el Colegio Libre de Estudios Superiores. También en 1925 había arribado al país Alberto Einstein con el auspicio personal de Coriolano Alberini, con quien mantenía una relación epistolar y el de la Institución Cultural Argentino-germana.

En 1922 comienzan los cursos de Cultura Católica que se acentúan con la llegada de Jacques Maritain en 1935 y de Réginald Garrigou-Lagrange. En esa misma orientación se funda el Colegio Máximo de la Compañía de Jesús en 1931, con el objetivo de perfeccionar la formación, tanto en filosofía como en teología, de los jesuitas argentinos.

Comienzan a aparecer las revistas filosóficas que se van a añadir a la “*Revista de Filosofía*” fundada por Ingenieros, así en La Plata aparece la revista “*Valoraciones*”,

en Tucumán los “*Cuadernos de la Facultad*” y “*Humanitas*”, y auspiciadas por la Compañía de Jesús aparecen “*Stromata*” en 1938, y el “*Boletín bibliográfico de Filosofía*” y la “*Biblioteca Iberoamericana de Filosofía*” con textos bilingües de Aristóteles y Santo Tomás. Además de las publicaciones del Colegio Máximo de la Compañía de Jesús, desde 1937, llamadas “*Fascículos de la Biblioteca*”, edición trimestral en forma de monografías. No debemos olvidar las apariciones de las revistas de las Universidades de Buenos Aires y de Córdoba.

A instancias de Francisco Romero se difunde la idea de la “normalidad filosófica”. Ella significaba no solamente que se aceptara la filosofía como disciplina académica y se contara con profesores de la especialidad, sino que se difundieran las ideas del pensar en un lenguaje apropiado para que, todo aquel que lo deseara, pudiera acercarse a ella. Así se insiste en la tarea de acercar los temas filosóficos a través de la aparición de artículos en los medios de difusión para que la mayor parte de los lectores contara con un bagaje cultural apropiado. Y se da un paso más, porque la “normalidad” exigía la difusión del libro impreso en la lengua del país. Por ello se comienza a publicar, con la fundación de la editorial Losada en 1938, la *Biblioteca filosófica* que, bajo la dirección de Romero, va a difundir numerosos textos de filósofos extranjeros a través de sus traducciones al castellano y va a dar a conocer los nombres de sus traductores. Él es también el que, a través de su correspondencia, va a difundir en América los nombres de nuestros pensadores y de las novedades que se hacían en el país de modo tal que la Argentina se constituye en el primer país de América latina en el campo filosófico; tanto lo fue que sus publicaciones eran ansiosamente esperadas por todos aquellos que se dedicaban al filosofar, como nos lo recuerda, en sus escritos, el pensador colombiano Danilo Cruz Vélez. Recordamos también la aparición de dos libros que se convirtieron en textos de estudio en los bachilleratos y escuelas normales del país, uno publicado en 1938 y escrito por Romero y Pucciarelli, *Lógica y Nociones de Teoría del conocimiento*, y el otro, escrito por Luis Juan Guerrero, titulado *Psicología* que fue publicado en 1939. Ese canal de conocimiento, abierto hacia la escuela media, fue importantísimo por el acercamiento de esos alumnos a textos nacionales de primer nivel que impulsaron las vocaciones filosóficas. Mas todo era obra de personalidades pujantes y emprendedoras, sin apoyo oficial ni político ninguno.

Éste era el ambiente cultural del país cuando un grupo de personalidades, entre los que se encontraban Gonzalo Bosch, Enrique Butty, Emilio Ravignani, Celso y Nerio Rojas, Alberto Palcos y otros hombres inquietos por el perfil cultural argentino, se deciden a fundar una institución como la Academia, con el propósito de abrirla a la ciencia y la difusión del conocimiento.

Mientras que cumplir 80 años representa, para una vida humana, toda o casi toda la vida, para una institución, como la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires nacida el 8 de octubre de 1935, esa fecha marca solamente sus primeros pasos y es por eso, destacable que un puñado de hombres, no desinteresados de lo que sucedía extramuros, pero sí preocupados por la senda que recorrería el país, procuraran darle a nuestro suelo, con su creación, el aspecto definitorio de una gran nación fomentando la cultura en todos sus aspectos.

Ese hecho marcó el comienzo de lo que, con sus propios avatares, constituye nuestra Academia y sus numerosos centros, que responden a diferentes iniciativas de sus fundadores. Así el Centro de Estudios Filosóficos fue creado a instancias del académico Dr. Eugenio Pucciarelli hace ya más de cuarenta años y consta, a su vez, de distintas secciones dedicadas al estudio, investigación y difusión de la filosofía, en especial, en nuestro país. Dicho Centro es ahora dirigido por el académico Dr. Roberto Walton.

La sección que dirijo, **Archivo filosófico**, fue creada en el 2008 y tiene como misión constituir un muestrario de las personas que se dedicaron al pensar filosófico, en sus distintas ramas, que hayan publicado libros en los que se reflejan sus pensamientos y que, por lo mismo, constituyan el acervo filosófico del país. En su sitio web archivofilosoficoargentino.info se pueden consultar tanto las imágenes como las biografías de distintos filósofos argentinos y, además, los textos escritos por los mismos que sean de difícil acceso.

Los 80 años de la Academia encuentran al Archivo filosófico en pleno proceso de recolección de figuras, datos e ideas y con la publicación de tres libros de nuestra serie, dedicados a los académicos Adolfo P. Carpio, Víctor Massuh y Eugenio Pucciarelli.

El anclaje de la filosofía en la Academia Nacional nos invita a intentar reseñar los ochenta años de ese pensar en nuestro país y nos lleva a preguntarnos cuáles son las influencias recibidas y las personas que difundieron las ideas que marcaron la trayectoria filosófica de nuestra tierra.

Tal vez podamos señalar que la mentalidad cultural del país no presenta una línea sólida de sentido, sino que se va conformando en la búsqueda de los ideales de vida, de la historia de las ideas, y de las valoraciones y las creencias nacionales que se van nutriendo de las ideas europeas imperantes en distintos momentos, por lo que encontramos algunas influencias de la filosofía inglesa, en sus comienzos y, luego, de la filosofía italiana, a través de Vico con sus "corsi e ricorsi" y de Croce en nuestros primeros pensadores; de la filosofía alemana, especialmente después de la Gran Guerra, cuando comienzan a surgir los nombres de Dilthey, Rickert, Husserl, y es clara la influencia de la filosofía francesa, ya que, por la cercanía en la lengua y, a causa de ostentar ese idioma el predominio cultural y ser la lengua de la diplomacia en esos tiempos, permitió que se difundiera, rápidamente, el pensamiento imperante en ese país, en el cual influyeron decididamente las ideas de Henri Bergson.

Si bien no en todas las universidades argentinas existían carreras de filosofía, sí había en el país un interés en ahondar en los ideales de vida y en diseñar el perfil cultural del país que marcaran el camino para los estudios posteriores de la disciplina, que fue signada, desde sus inicios, por las dos orientaciones mencionadas: la que corresponde a la cultura católica, especialmente de orientación tomista, y la que podríamos llamar liberal y más abierta a las influencias del pensar no dogmático. Aunque no siempre se siguiera en ellas una sola línea, ya que, si se hablaba de tradición o nacionalismo, se entendía tanto como la tradición indígena del país como la de la tradición cultural occidental, o sea, griega. No podían ser más extremas las interpretaciones.

En la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires encontramos, en la tercera década del siglo, a Coriolano Alberini enseñando Introducción a la Filosofía, cátedra que había comenzado a dictar en 1920. En 1930, cuando Korn se jubila de la cátedra de Gnoseología y Metafísica, ésta pasa a manos de Francisco Romero. Mientras que Alejandro Korn ha sido distinguido por esta Academia

con el sitial correspondiente, tanto Francisco Romero como Eugenio Pucciarelli, que continúa con la cátedra de Introducción a la Filosofía y Adolfo P. Carpio, que le sucede, han sido destacados académicos de esta casa.

También revistaba en esa Facultad Luis Juan Guerrero en la cátedra de Ética. Guerrero, que había estudiado en Alemania, llegaría a distinguirse como profesor de Estética, al publicar, tiempo después, sus libros sobre *Estética operatoria* y también su libro de *Psicología* con orientación fenomenológica, que fue adoptado por la enseñanza secundaria, introduciendo así a los alumnos de esas casas de estudios en las últimas corrientes de ese pensar, abriendo nuevos caminos que, desgraciadamente, no fueron proseguídos en el país, sino que fueron ocupados por psicólogos de orientación freudiana.

Carlos Astrada empieza a dictar Historia de la filosofía moderna y contemporánea en 1933 y, años más tarde, ocupa también la cátedra de Gnoseología y Metafísica y es quien funda el Instituto de Filosofía y la revista "*Cuadernos de Filosofía*".

También en esos años Alberini, Astrada y Guerrero se ocupan de la organización del Primer Congreso Nacional de Filosofía que se desarrollará años después en Mendoza, y se publican las *Actas* del mismo que ocupan tres volúmenes por las publicaciones, no sólo de los estudiosos de nuestro país, sino también, de los pensadores europeos que, en algunos casos, se hicieron presentes, y le dieron carnadura a lo que, hasta el momento, era sólo letra impresa.

En La Plata se agruparon en la Facultad de Humanidades y de Ciencias de la Educación los ya mencionados nombres de Alberini y Korn, quienes, conjuntamente con Eugenio Pucciarelli y Aníbal Sánchez Reulet a los que se les une, luego, Luis Juan Guerrero, conforman el plantel filosófico de la institución. Debemos mencionar, también, a Vicente Fatone quien da su nombre al sitial correspondiente en esta Academia. Después de 1946, con el viraje político ideológico, aparecen los nombres de pensadores católicos como Juan Sepich y Octavio N. Derisi quien funda el Instituto de Filosofía y comienza la publicación de la "*Revista de Filosofía*". Una figura destacada, con orientación hacia la filosofía de Nicolai Hartmann en el campo de las valoraciones éticas, fue la del académico Ricardo Maliandi, recientemente fallecido.

Se van fundando diversos institutos en las universidades nacionales y, así, se hace en la Universidad de Tucumán al abrir el Departamento de Filosofía en 1937 donde enseñó Manuel García Morente, el pensador español que publica sus conocidas *Lecciones preliminares de filosofía*. En esa misma casa de estudios estuvo el italiano Rodolfo Mondolfo que fue designado académico correspondiente por esta Academia, en reconocimiento a su labor en el campo de la filosofía griega. Fueron asiduas, asimismo, las relaciones de esta Academia con la figura solitaria de Alberto Rougès, el que abrió un camino particular en el pensar argentino a través de sus relaciones con la filosofía bergsoniana.

Las facultades de Buenos Aires y de Tucumán fueron puntas de lanza para las demás, tanto por la calidad de sus integrantes como por el trabajo desarrollado en las mismas.

En el tiempo, le sigue la creación de la Universidad de Cuyo, con su carrera de Humanidades en Mendoza, en 1939. En la Universidad del Litoral la carrera de Filosofía fue creada en Rosario en el año 1947, y se desempeñaron en ellas los profesores de Buenos Aires, La Plata y Tucumán. Años más tarde se fundan Las Universidades del Sur, en Bahía Blanca en 1956 y en la del Nordeste, en Resistencia, en 1957.

En Córdoba, como producto de los sucesos de la Reforma Universitaria, el clima no fue propicio, durante bastante tiempo, para nuevos sucesos culturales académicos. Sin embargo, en 1922 Taborda propone la creación de un Seminario de Filosofía en la Facultad de Derecho y, desde 1933 gravita en esa ciudad el Instituto de Filosofía donde llega a destacarse Carlos Astrada. Desde 1930 hasta 1940 la fundación del Instituto Santo Tomás de Aquino marca su presencia en la intelectualidad cordobesa, con las orientaciones tomista y nacionalista en sus pensadores.

Si hacemos un balance de la “normalidad filosófica”, nos encontramos que, hoy, la filosofía tiene sus sedes en facultades o en instituciones particulares y que se han escrito algunos libros importantes, por los pensadores ya señalados y que algunos de ellos han merecido ser citados en enciclopedias extranjeras. Dichos libros, ya sean trabajos monográficos o libros de textos son merecedores de atención. Mas debemos señalar que, tal vez, no exista en los pensadores actuales ni el ímpetu ni el espíritu de

sus comienzos ya que los profesores se han convertido, en general, en burócratas que ansían solamente ascender en sus carreras y, si bien se escriben muchos artículos – que se asemejan, en muchos casos, a escritos meramente bibliográficos- el problema mayor que tiene la filosofía, hoy, es el lenguaje, ya que el que se usa es abstruso e incomprensible para la mayoría de las personas, por lo que podemos concluir que el pensamiento filosófico se ha vuelto endogámico y se ha alejado del panorama cultural del país. El lenguaje filosófico es el instrumento a través del cual se comunican las ideas, es el “bisturí” del filósofo, por lo tanto, si él falla, si no es preciso ni adecuado, el andamiaje que se construye carece de base, la comunicación se hace imposible y el pensamiento muere. Tampoco la filosofía ha podido crear, en estos años, una peculiaridad distinta a la europea que podía haberle marcado, tal vez, la mirada nueva desde el horizonte de América y, lamentablemente, ha podido establecer pocos nexos de conexión entre los distintos temas filosóficos y no ha revalidado el aspecto sinóptico, que debería ser propio de esta disciplina. Pues ha sucedido que los escritores se han ocupado, solamente, de redactar temas propios de “especialistas”, quizá por un afán de snobismo característico de muchos de los hombres de estas tierras, por su afán de estar siempre “a la moda”, pero, también, debemos reconocerlo, ha influido “el espíritu del tiempo” marcado con el auge de las ciencias que se ocupan, siempre, de parcelas del conocimiento, lo que es propio de ellas, pero no de la filosofía que ha ido perdiendo, de esa manera, su característica de ser un conocimiento integrador. Lamentablemente, tampoco se ha logrado conservar el primer puesto que había conquistado nuestro pensar en sus comienzos, al perder su condición de ser el portador o la voz de la filosofía en América. Ese puesto se había conseguido tanto por la calidad de sus instituciones que se han ido desmoronando lentamente, por los numerosos golpes ideológicos e institucionales que sufrieron, cuanto por los “intereses creados” que han prevalecido en ellas, especialmente en los últimos decenios del siglo, lo que ha traído un descenso en la producción cultural. Hemos tenido muy buenos profesores con excelentes trabajos personales pero no han visto recompensados sus esfuerzos. No es necesario abundar en la proliferación de universidades en la actualidad.

Tal vez sea poca la cosecha pero, quizá, un nuevo enfoque, desapasionado, pueda descubrir, nuevamente, el camino y volver a darle, a nuestro pensar, el lustre desaparecido.

Tal vez debamos volver a la tradición que hemos ido forjando con el paso de los años, que ha conocidos empinados ascensos y profundos descensos y que ha sido el norte de nuestros anhelos porque siempre nos hemos preguntado, en un examen autoconsciente, por nosotros mismos, por inquirir quiénes somos, no sólo por averiguar nuestros orígenes - ya remotos, ya lejanos- sino por el afán de constituir un suelo común, un ancho camino por sobre el cual podamos caminar unidos. La búsqueda constante de nuestra identidad nos ha caracterizado, por ello, la filosofía, en sus comienzos, ha trabajado sobre el pensar en las distintas naciones y las motivaciones que produjeron sus ascensos y descensos, en el afán de poder considerarlas o aplicarlas en nuestro país. También nos hemos preocupado por el sistema de valores que las han forjado y, fundamentalmente, ha sido una constante en nuestro pensar la idea de la libertad, desde Korn, cuando la define como libertad creadora hasta los trabajos de Massuh y Adolfo P. Carpio. Buscándonos, es que hemos forjado sin pausa nuestra identidad quizá porque hemos atisbado que, en la meta, puede aflorar la patria.

Ella, nuestra patria, es la que adquiere su primera figura en el suelo de la pampa interminable y fecunda y en las empinadas montañas, blancas por las nieves que las coronan, o tapizadas de verde, o trasuntando los mil colores que revelan los minerales que se guardan en su seno; patria es también el azul en el que se dibujan las estrellas de nuestro cielo, que nos orientan y nos encantan, con la graciosa cruz del sur tendiendo sus brazos hacia la vía láctea, y es el glauco amanecer de nuestro océano y el leonado de nuestros ríos que llevan en sí el limo de nuestra tierra y es ella, asimismo, la que se dibuja en los largos atardeceres de la Patagonia y en los cambiantes colores con que se pintan los días que se iluminan al calor del norte. Ella es el rosado de los lapachos y el lavanda de los jacarandáes, el rojo restallante de la flor del ceibo y el amarillo de las tipas y las orquídeas autóctonas que nos regalan el samohú y el yuchán, nuestros palos borrachos. Ella es todo eso pero más aún es el espíritu que en ella anida y que florece en nuestros poetas, en nuestros artistas, en nuestros pensadores, en nuestros héroes, en nuestros hombres de trabajo y de

empresa y en todos aquellos que, de una manera u otra están contagiados por la misma intensidad en el sentir y en el querer. Y es sobre este magma que se enciende el nombre de la patria cuando la comprendemos como la región de los sentimientos compartidos y del reconocimiento del otro como parte de nosotros mismos. Ella es el signo de los afectos indelebles, de las emociones que nos aprisionan el corazón cuando vemos nuestra bandera ondear en sitios lejanos. Ella, nuestro símbolo representativo, nos da la absoluta certeza del reconocimiento y de la guarda de todos en sí, y nos proporciona, al mismo tiempo, la cantera de significaciones en la cual abrevamos para salir fortalecidos y poder iniciar nuestro propio camino. Patria es la tradición que nos ha formado, patria es el idioma en el que hablamos nuestras primeras palabras, patria es la unión de todos en la misma hermandad. Si logramos hacer esta fusión tendremos una patria, si no, ella será solamente una palabra huera, vacía de sustancia.

La patria como tradición, como unión en la diversidad sobre razas tejidas en idéntico telar, hecha sobre historias desgarradas y amaneceres luminosos, será la meta hacia la cual deberemos orientarnos para que todo lo soñado se convierte en una esplendente realidad.

Y a pesar de los innumerables obstáculos que se nos plantean en el camino, con interés siempre renovado, hacia tu nombre hecho carne en nosotros, hacia tu luz, patria, con la esperanza intacta, nos dirigimos.